

IGLESIA Y CIUDAD: EL DESAFÍO DE LAS CULTURAS URBANAS



P. VITOR HUGO MENDES
P. RAÚL ISLAS OLVERA
CELAM

A la luz de la Misión Continental Permanente, la conversión pastoral y el discipulado misionero, este trabajo retoma la recomendación de la Conferencia de Aparecida (2007): la necesidad de “una nueva pastoral urbana en la Iglesia” (*Documento de Aparecida*, n. 517).

Hacia una teología pastoral de la ciudad



I. AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: UN CONTEXTO REGIONAL EN PROFUNDA URBANIZACIÓN

Actualmente, los 41 países que conforman la región latinoamericana y caribeña suman una población aproximada de 570 millones de personas. Datos de Naciones Unidas (2002) dicen que la población urbana en este territorio creció de 176,4 millones (58,9%) en 1972 a 390,8 (75,3%) en el año 2000. Se estima que en 2030 alcance los 604 millones (83%). Casi ocho de cada diez latinoamericanos viven en ciudades. Las diez más pobladas son: Ciudad de México, São Paulo, Buenos Aires, Río de Janeiro, Bogotá, Lima, Santiago, Caracas, Guadalajara y Monterrey. De acuerdo con esa realidad, ya se reconoce que el presente y el futuro sociocultural, religioso, educativo, económico, político, ecológico... de la región se definen en referencia a este progresivo crecimiento de sus territorios urbanos.

Con esta nueva fisonomía urbana, el rápido crecimiento de las ciudades en América Latina y El Caribe refleja una exposición permanente de las antinomias económicas, políticas y culturales que acompañan el (des)orden que se proyecta en el espacio urbano. Bajo esta dinámica, “en la ciudad, conviven diferentes categorías sociales tales como las

élites económicas, sociales y políticas; la clase media con sus diferentes niveles y la gran multitud de los pobres. En ella coexisten binomios que la desafían cotidianamente: tradición-modernidad, globalidad-particularidad, inclusión-exclusión, personalización-despersonalización, lenguaje secular-lenguaje religioso, homogeneidad-pluralidad, cultura urbana-pluriculturalismo” (DA, n. 512). Vía de regla, la gestión administrativa de las ciudades se muestra incapaz de conciliar el desarrollo urbano y el ámbito de las necesidades de los ciudadanos. La gran mayoría de las ciudades presentan áreas con graves deficiencias de infraestructura, saneamiento y otros tantos problemas de inseguridad y violencia.

Sin embargo, la industriosa movilidad que viabiliza y permite el mundo urbano constituye un fenómeno permeado de posibilidades, ambigüedades y paradojas que conjeturan un contexto en continua transformación. Se trata de un movimiento sin precedentes y que, en definitiva, afecta a las más recónditas dimensiones de la vida humana y de la organización social. Tal metamorfosis, presente en la realidad latinoamericana y caribeña, enmarca uno de los aspectos principales de la supresión de una mentalidad rural supuestamente arcaica. Progresivamente, se rompe aquella idílica imagen donde predomina

la armonía del espacio centralizado, muchas veces definido por la plaza, la iglesia y sus alrededores; una vida social movida y definida por el ritmo cíclico y calmado de un orden vital natural, agrícola, rural, tradicional.

El mundo urbano, por el contrario, se distingue por su constante re-creación, por sus discontinuidades fragmentarias y por sus lógicas pluricéntricas. Ya no hay un punto geográfico material, fijo, central, delimitado capaz de responder a las infinitas necesidades, intereses y actividades de las personas que allí se localizan, se descubren, se tropiezan en total anonimato. El mundo urbano asume así una plasticidad estética “pluriespacial” que es versátil al reclutar los medios de comunicación y las ofertas publicitarias, las redes de intercambio social y la permuta de informaciones que, de esa manera, interconectan las más diversas unidades que componen los espacios urbanos.

Esa complejidad urbana genera, favorece y moviliza un estado permanente de locomoción y circulación que está ávido de apropiarse de las innumerables alternativas que se entretienen en la territorialidad urbana: infraestructura (física e institucional), ofertas laborales, tiempo de ocio (actividades culturales, deporte, zonas verdes), libertad, etc.

A la vez, la dinámica urbana asigna un tipo de transitividad incontenida

que, en su lado perverso, reglado por la fuerza del mercado económico, potencializa e industrializa las necesidades de las personas en vista de mercantilizar productos, servicios y oportunidades que son brindadas según la lógica de la libre competencia. De esa manera, se impone un dictamen fríamente calculado, como el recrudescimiento de la ley de la oferta-demanda de bienes diversos (económicos, culturales, educacionales, religiosos, etc.).

En realidad, el predominio de esta mentalidad mercantil no solo promueve el lenguaje empresarial-administrativo, para nombrar el entramado económico que se establece en el ambiente urbano (gerente, administrador, gestor, cliente, usuario, consumidor), sino también condiciona el imaginario social a un consumismo irrestricto. El consumo produce las necesidades, y el signo más sofisticado de esa lógica es, tal vez, el *shopping center*. Ya no interesa tanto el ciudadano, la ciudadanía, el derecho a la ciudad, el crecimiento de los índices sociales, sino la conminada inserción en la sociedad de consumo.

Paradójicamente, en las ciudades queda así instituida una falsificada “sociedad de la abundancia” y de participación democrática. El sistema es excluyente, selectivo y discriminatorio, al concebir un tipo de libre concurrencia social en donde prevalecen condiciones profundamente desiguales de inserción en el mercado. Lo mismo pasa con la apología de una convivencia social ecuánime y distributiva, en fin, de la ciudad como espacio de satisfacción de las necesidades y de felicidad para todos. Como afirma Aparecida, en tales situaciones, lo que resulta es el grave problema de la exclusión social, y “con ella queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está abajo, en la periferia o sin poder, sino que se está afuera. Los excluidos no son solamente ‘explotados,’ sino ‘sobrantes’ y ‘desechables’” (DA, n. 65).

Parece necesario reconocer que estos elementos descriptivos no se presentan como datos concluyentes para una realidad bastante heterogénea

como es la ciudad, por lo tanto, capaz de traducir por entero la diversidad urbana que, efectivamente, se encuentra en la extensión casi continental de América Latina y El Caribe. Sin duda, hay algunos pueblos originarios y comunidades alejadas de los centros urbanos que consiguen mantener sus tradiciones y culturas, todavía; a lo sumo, figuran como excepciones a la regla. Por supuesto, en diferentes lugares hay iniciativas diversas, reuniones, simposios, seminarios, congresos, estudios, propuestas, experiencias que tratan de “humanizar las ciudades”, tal como se pudo percibir, por ejemplo, en la realización del 7º Fórum Mundial Urbano –*Equidad Urbana en el Desarrollo. Ciudades para la Vida*–, celebrado del 5 al 11 de abril en Medellín. Parece más que evidente que otro tipo de desarrollo urbano es posible. Sin embargo, la premeditada racionalización del espacio urbano, en vista de la exclusividad económico-financiera, constituye una tendencia fundamental que aún perfila el modelo predominante de planificación y ordenamiento del mundo urbano en nuestro entorno local, nacional y regional.

En razón de esto, se puede aludir que la situación siempre cambiante de las ciudades y de las múltiples instancias productoras y reproductoras de la cultura urbana, sea en las pequeñas y medianas ciudades, sea en las grandes megalópolis, sigue promoviendo una



“oscura revolución” en el pensar y actuar de las personas. Es cada vez más visible la precariedad en alcanzar un equilibrado acuerdo de los espacios público-privado, del individuo-bien común, del desarrollo-sostenibilidad, etc. En tal perspectiva, la presumida cultura ciudadana se transforma en muchas “subculturas” que constituyen, rediseñan y habitan las ciudades, caracterizando un genuino y complejo caleidoscopio social.

II. LA PLURICULTURALIDAD URBANA BAJO EL IMPACTO DEL “CAMBIO DE ÉPOCA”

En las ciudades, como escenarios de una variedad de estilos de vida, ideas, valores, etc., relumbra la compleja tejedura de la(s) cultura(s) urbana(s). En ese sentido, el proceso de urbanización que nos alcanza es un fenómeno históricamente datado. Ese dinamismo que implica y describe una inequívoca pluralidad cultural conlleva una dosis determinante de la condición moderna/posmoderna/posmetafísica que, a la vez, resulta de innumerables vicisitudes históricas, económicas, políticas, etc.

Aparecida, de manera condensada, retoma esa problemática y afirma que “vivimos un cambio de época, y su nivel más profundo es el cultural” (DA, n. 44). En el nivel cultural están anotados los principales signos del “cambio de época”. No obstante, esa situación, tal como se explicita, viene demarcada por los diferentes impactos de la globalización.

En general, las culturas, en su situación actual, entendidas como producto e impulsoras del “cambio de época”, siguen restringidas por las ambigüedades de los procesos de la globalización en su dimensión más difundida: “la económica”. Esta se “sobreponen y condiciona las otras dimensiones de la vida humana” (DA, n. 61), “influye en las ciencias y en sus métodos, prescindiendo de los procedimientos éticos” (DA, n. 465). Como resultado, más que de un veredicto, Aparecida alerta

frente a un riesgo presente en la cultura actual: la destrucción de “lo que de verdaderamente humano hay en los procesos de construcción cultural, que nacen del intercambio personal y colectivo” (DA, n. 45).

A la luz de esos procesos de cambios, en los cuales el distanciamiento crítico de esa situación ya constituye diferentes perspectivas de una misma historia de desarrollo social, un aspecto importante es la necesidad de acompañar los muchos desdoblamientos y los alcances de esa situación de mudanzas diversas. En tal sentido, todos esos procesos de vaivenes socioculturales descritos en el *Documento de Aparecida*, se manifiestan de manera evidente como problemática principal de las culturas urbanas. La ciudad figura como un particular ambiente donde se explicitan los diferentes aspectos culturales del cambio de época. En ese sentido, parece fundamental la afirmación de Aparecida cuando sostiene que “las grandes ciudades son laboratorios de esa cultura contemporánea, compleja y plural” (DA, n. 509).

Sin lugar a dudas, parece cuestionable que “la ciudad se ha convertido en el lugar propio de nuevas culturas que se están gestando e imponiendo con un nuevo lenguaje y una nueva simbología. Esta mentalidad urbana se extiende también al mismo mundo rural” (DA, n. 510). En este ambiente, donde se forja y crece la urbanización, se puede identificar con cierta facilidad la complejidad de las culturas urbanas “híbrida, dinámica y mutable” y la huella de las culturas suburbanas en situaciones de grave pobreza y miseria (DA, nn. 58 y 59).

Bajo esa perspectiva, en la pluriculturalidad urbana concurren distintos factores de una realidad ambivalente. Por un lado, se reconoce, se valora y se experimenta un tipo de ofensiva de la multiplicidad que, heredera de las experiencias de libertad, autonomía y emancipación modernas, reconoce la emergencia de las diferentes culturas y, por consiguiente, el derecho de las minorías excluidas, la precariedad de vida de los empobrecidos, la necesidad de redimensionar las formas de socialización; y, a la vez, preconiza

un embate contra todas las formas de hegemonías (poderes autoritarios, verdades impuestas, dictaduras culturales, etc.). De otro lado, se verifica una diversidad arbitraria e indiferenciada que, relativista, aboga por un pluralismo cultural difuso y sin fronteras. Esa perspectiva, incapaz de cualquier sinergia social, aniquila la alteridad y acaba por consumir y patrocinar los efectos de la cultura globalizada: masiva, autorreferente, desenraizada, individualista, consumista, indiferente.

En la pluriculturalidad urbana se constata un pluralismo que logra promover distintas formas de pensar, actuar, sentir y valorar a veces antagónicas. Se establece un tipo de cercanía entre las personas que mezclan actitudes y comportamientos dispares. Una variedad que oscila entre la pura verdad, la espontaneidad, la libertad... hasta la farsa, el engodo, la traición y la corrupción. De manera permanente, una moralidad ética de la libertad y de la responsabilidad en las culturas urbanas se torna una máxima necesaria y que interpela la calidad, la eficacia y el futuro de la convivencia humana en sociedad.



III. LA PRESENCIA DE LA IGLESIA EN LA CIUDAD Y LA EVANGELIZACIÓN DE LAS CULTURAS URBANAS

La urbanización es un fenómeno cada vez más efectivo en orden a lo socio-cultural de la globalización (económica), pero no es menos prospectivo en orden a los retos que presenta a la labor eclesial-evangelizadora de la Iglesia: América Latina y El Caribe –donde se concentran los números más expresivos del cristianismo y del catolicismo mundial (40%)– se convierte en una región típicamente urbanizada.

Frente a esta realidad cambiante, es redoblada la atención de la Iglesia ante este inexorable y acelerado proceso de urbanización que se visibiliza en el contexto regional. Parece suficiente sugerir que la inevitabilidad de esta realidad condiciona y determina todas las posibilidades de una “nueva evangelización” (cf. *Evangelii gaudium*, n. 11).

No se trata de una tarea fácil. Heredera de una larga tradición rural que sostuvo su base fundamental en la Edad Media, en el contexto del duradero feudalismo, la Iglesia, de manera general, tuvo dificultades para asimilar la cultura moderna, caracterizada por la emergencia de las ciudades y de las culturas urbanas. En ese particular, la institución eclesial, en su cosmovisión, estructura y organización pastoral-parroquial, mantiene una reserva plural de categorías y elementos rural-urbanos que encuadran su acción teológica y pastoral. Se trata de una limitante que ha sido profundamente cuestionada. En orden a promover las mudanzas necesarias, todavía hay un largo camino.

Es verdad que, en el ámbito regional latinoamericano y caribeño, los primeros encuentros de reflexión sobre la problemática urbana impulsados por el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) fueron realizados a partir de 1965 (incluso antes de la Conferencia de Medellín) y registran un importante camino histórico y temático. Grosso modo, las diferentes iniciativas regionales profundizarán en la realidad de urbanización de América Latina y El Caribe en consonancia con



las orientaciones y preocupaciones del Magisterio regional y universal. Lucidamente preocupados por la evangelización en el mundo urbano, sobreviene por parte del Magisterio eclesial una serie de pronunciamientos que se ocupan de las problemáticas de la urbanización (cfr. *Gaudium et Spes*, 1965; *Octogesima Advenians*, 1971; *Evangelii Nuntiandi*, 1976; *Puebla*, 1979; *Santo Domingo*, 1992; *Ecclesia in America*, 1999).

De manera general, los encuentros y estudios realizados en este período comprenden que el mundo urbano posee un carácter plural y dinámico y que exige un análisis permanente y cualificado (sistemático). Sin embargo, lo que se presenta como interpretación de este contexto parece más efectivo como crítica de una realidad en transformación que, propiamente, sistematización de un discurso eclesial coherente y capaz de proponer un camino pastoral consecuente con el creciente fenómeno de la urbanización. De este modo, las diferentes narrativas de la pastoral urbana en América Latina y El Caribe coinciden en reunir un conjunto de experiencias bien sucedidas de intentos, fracasos y éxitos.

Se trata de perspectivas que van siendo socializadas, reflexionadas y mejoradas, de manera que, en Aparecida (2007), reciben un nuevo impulso y una renovada orientación: es necesario promocionar una “nueva pastoral urbana” (DA, n. 517). Tal exigencia queda plenamente confirmada en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* del papa Francisco: “El sentido unitario y completo de la vida

humana que propone el Evangelio es el mejor remedio para los males urbanos, aunque debemos advertir que un estilo uniforme e inflexible de evangelización no son aptos para esa realidad” (n. 75).

Considerando este itinerario, podemos decir que la presencia de la Iglesia en la ciudad aún constituye una realidad a ser recreada. Se trata, como indica Aparecida, de comprender y asumir que “la conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera”. Por lo tanto, el “camino de Pastoral Orgánica debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy”. En ese sentido, la acción evangelizadora en las culturas urbanas pide “indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios”. En realidad, es necesario que el “anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura” (DA, nn. 370-371).

Bajo esta perspectiva, el cambio de época provocado por los distintos rostros de la globalización requiere un cambio eclesial profundo. En realidad, exige un radical cambio de mentalidad y de estructuras, un tipo de renovación que sea capaz de ubicar, en las nuevas circunstancias, la presencia de la Iglesia en la ciudad. Retomar la misión de la Iglesia implica, entre otros aspectos, promover “la generación de cultura” (DA, n. 100, d), una Cultura de la Vida

que incide en todas las formas de vida social, por consiguiente, en todo el ecosistema urbano. Como dicen los obispos, “tanto la preocupación por desarrollar estructuras más justas como por transmitir los valores sociales del Evangelio se sitúan en este contexto de servicio fraterno a la vida digna” (DA, n. 358). En suma, la vida digna y plena, la fraternidad como acción política y ciudadana, es el dinamismo rector de la acción evangelizadora en las culturas urbanas.

IV. PASTORAL URBANA: TEXTOS, PRETEXTOS Y CONTEXTOS

“Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva. Habían desaparecido el primer cielo y la primera tierra y el mar ya no existía. Vi también bajar del cielo, de junto a Dios, a la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén, engalanada como una novia que se adorna para su esposo. Y oí una voz potente, salida del trono, que decía: ‘Esta es la tienda de campaña que Dios ha montado entre los hombres. Habitará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Enjugará las lágrimas de sus ojos y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo viejo se ha desvanecido’. Y dijo el que estaba sentado en el trono: ‘He aquí que hago nuevas todas las cosas’. Y añadió: ‘Escribe que estas palabras son verdaderas y dignas de crédito’. (...) No vi templo alguno en la ciudad, pues el Señor Dios todopoderoso y el Cordero son su templo” (Ap 21, 1-5.22).

“La nueva Jerusalén, la Ciudad Santa (cf. Ap 21,2-4), es el destino hacia donde peregrina toda la humanidad. Es llamativo que la revelación nos diga que la plenitud de la humanidad y de la historia se realiza en una ciudad” (*Evangelii gaudium*, n. 71).

“La Iglesia está al servicio de la realización de esta Ciudad Santa, a través de la proclamación y vivencia de la Palabra, de la celebración de la Liturgia, de la comunión fraterna y del servicio, especialmente, a los más pobres y a los que más sufren, y así va transformando en Cristo, como fermento del Reino, la ciudad actual (*Documento de Aparecida*, n. 516).

“Una cultura inédita late y se elabora en la ciudad. El Sínodo ha constatado que hoy las transformaciones de esas grandes áreas y la cultura que expresan son un lugar privilegiado de la nueva evangelización” (*Evangelii gaudium*, n. 73).

“Ante la nueva realidad de la ciudad, en la Iglesia se realizan nuevas experiencias, tales como la renovación de las parroquias, sectorización, nuevos ministerios, nuevas asociaciones, grupos, comunidades y movimientos. Pero se notan actitudes de miedo a la pastoral urbana; tendencias a encerrarse en los métodos antiguos y de tomar una actitud de defensa ante la nueva cultura, de sentimientos de impotencia ante las grandes dificultades de las ciudades” (*Documento de Aparecida*, n. 513).

“No podemos ignorar que en las ciudades fácilmente se desarrollan el tráfico de drogas y de personas, el abuso y la explotación de menores, el abandono de ancianos y enfermos, varias formas de corrupción y de crimen. Al mismo tiempo, lo que podría ser un precioso espacio de encuentro y solidaridad, frecuentemente se convierte en el lugar de la huida y de la desconfianza mutua. Las casas y los barrios se construyen más para aislar y proteger que para conectar e integrar. La proclamación del Evangelio será una base para restaurar la dignidad de la vida humana en esos contextos, porque **Jesús** quiere derramar en las ciudades vida en abundancia (cf. Jn 10, 10). El sentido unitario y completo de la vida humana que propone el Evangelio es el mejor remedio para los males urbanos, aunque debamos advertir que un programa y un estilo uniforme e inflexible de evangelización no son aptos para esta realidad. Pero vivir a fondo lo humano e introducirse en el corazón de los desafíos como fermento testimonial, en cualquier cultura, en cualquier ciudad, mejora al cristiano y fecunda la ciudad” (*Evangelii gaudium*, n. 75).

“Reconociendo y agradeciendo el trabajo renovador que ya se realiza en muchos centros urbanos, la V Conferencia propone y recomienda una nueva pastoral urbana” (*Documento de Aparecida*, n. 517).

V. DIOS VIVE EN LA CIUDAD: A PROPÓSITO DE UNA “NUEVA PASTORAL URBANA”

La revelación de Dios en la historia humana es una verdad de Fe: “El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). En Jesucristo, la encarnación constituye una efectiva realidad: “El Señor está en medio de nosotros”. Por este misterio de amor misericordioso, “el Hijo de Dios asume lo humano y lo creado, restablece la comunión (...) El hombre adquiere una altísima dignidad y Dios irrumpe en la historia humana, vale decir, en el peregrinar de los hombres hacia la libertad y la fraternidad, que aparecen ahora como un camino hacia la plenitud del encuentro con Él” (*Puebla*, n. 187).

A la luz de esa verdad tan antigua y siempre nueva, la proclamación teologal de Aparecida, “Dios vive en la ciudad” (n. 514), bajo la reafirmación de los signos de los tiempos, subraya el sentido profundo de la encarnación continua de Dios en la realidad humana. La afirmación de la presencia del Señor en la ciudad es una Buena Noticia de vida y salvación que implica, sin retracción, una legítima inculturación del Evangelio en las culturas urbanas. Solamente así el Proyecto de Dios (Reino de Dios) se torna discernimiento,



orientación y ordenamiento para los proyectos humanos que se vislumbren en el horizonte de la ciudadanía, de modo que la fraternidad sea el parámetro fundante de la convivencia urbana. De manera radical, el Evangelio apunta al bien común, a la igualdad, a una vivencia y convivencia justas.

Esos elementos, que bien se aplican como indicativos de una teología de la ciudad, remiten a un rediseño del quehacer evangelizador de la Iglesia en el mundo urbano. En ese sentido, la teología y la evangelización –así como la fe y la vida– se presentan intrínsecamente articuladas. Ambas tienen una palabra que decir sobre esa realidad del mundo urbano y sobre la experiencia de Dios, que es Palabra revelada, encarnada y, por así decir, presencia trinitaria de comunión.

Una consecuencia fundamental y decisiva de esa manifestación de Dios Trinidad-Amor (cfr. DA, n. 240), en la ciudad, es la inserción de la Iglesia, abogada de la justicia, en las realidades urbanas. Esta presencia de la Iglesia se presta como servicio de reconciliación y de superación de la violencia, re-significación de la vida, superación del individualismo y fomento de la vida comunitaria. Una auténtica vida de comunidad inaugura relaciones de comunión y solidaridad, apunta caminos para una nueva sociedad y abre horizontes de esperanza y liberación. De esa manera, la acción divina y la acción humana cooperan para un mismo designio salvífico: la realización del Reino de Dios.

En esta perspectiva de apertura al mundo –una Iglesia en salida–, se plantea la necesaria renovación de la Iglesia en clave misionera. No se trata de una opción, sino de una exigencia que brota de la propia encarnación de Dios. En palabras de Aparecida: “Necesitamos desarrollar la dimensión misionera de la vida en Cristo. La Iglesia necesita una fuerte conmoción que le impida instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, al margen del sufrimiento de los pobres del Continente” (DA, n. 362). Esa disponibilidad en dar consecuencia eclesial a la misión de Jesucristo –en el horizonte de la Misión Continental Permanente– no puede realizarse sin



la efectividad de “una nueva pastoral urbana” (DA, n. 517).

Bajo esta mirada, “toda auténtica acción evangelizadora es siempre ‘nueva’”, afirmó recientemente el papa Francisco (*Evangelii gaudium*, n. 11). Es interesante observar que la Conferencia de Aparecida ya se había anticipado en tratar una problemática fundamental para la renovación de la misión de la Iglesia en América Latina y El Caribe, al hablar de la conversión pastoral (DA, n. 365 ss.). Esto constituye un decidido cambio de mentalidad y de estructuras. Dicen los obispos: “Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe” (DA, n. 365).

Por supuesto, esa renovación misionera de la Iglesia está amparada por el encuentro personal con Jesucristo. El discipulado misionero es, por así decir, la fuerza impulsora y la medida de la inserción de los cristianos en el corazón del mundo urbano.

VI. LA CIUDAD COMO ESPACIO POLÍTICO DE CONSTRUCCIÓN DEL BIEN COMÚN Y DE LA FRATERNIDAD

Los datos estadísticos confirman que la gran mayoría de las poblaciones viven en las ciudades de pequeño y medio porte; crecen aceleradamente las cantidades de gentes que viven en las grandes metrópolis. En estas realidades, se desarrollan un ritmo de constantes cambios y otros tantos desafíos y problemas. La diversidad urbana revela un escenario siempre en transformación

y lleno de contradicciones económicas, políticas y culturales, que piden de la Iglesia un constante alargamiento del sentido social de la evangelización (cfr. *Evangelii gaudium*, nn. 176 ss.).

En este particular, la presencia de la Iglesia en la ciudad debe estar muy atenta a los alcances, límites y posibilidades de un ordenamiento sostenible del ecosistema urbano, y a su vínculo con el justo desarrollo de las políticas públicas. En suma, se trata de no perder de vista lo que puede garantizar la dignidad y la calidad de vida de los ciudadanos: asentamiento y planeamiento urbano, vivienda, salud, educación, empleo, transporte, cuestiones ambientales (demanda energética, recursos hídricos, la reutilización de residuos domésticos e industriales), etc.

En otras épocas, por mucho tiempo y de muchas maneras, gran parte de los servicios sociales prestados a la comunidad/sociedad fueron preocupación y responsabilidad compartida con las Iglesias: escuelas, hospitales, casas para adultos mayores, institutos para menores, leproserías, cementerios, etc. Son incontables las obras sociales que, de una manera u otra, fueron transformadas en fuerzas suplementarias para el orden público de manera gratis o a bajo costo. Insuficientes o decididas a conceder privilegios a unos y a excluir a otros, la problemática de las políticas públicas de los gobiernos fueron beneficiadas por la caridad de la Iglesia mediante la acción generosa de órdenes y congregaciones religiosas, obras laicales y otras tantas iniciativas de carácter social y educativo.

En nuestros días, la creciente presencia y participación de la

Iglesia católica en la vida pública de las ciudades ha generado una nueva conciencia social y una visible reorganización de la pastoral social en sus muchos frentes de trabajo. En general, las nuevas prácticas de solidaridad con los necesitados y la indigencia de grandes sectores de la población han buscado proponer medidas de ajustes gubernativos que traten de responsabilizar a las instancias públicas de administrar con justicia y equidad las políticas en favor del bien común.

En realidad, todo eso es resultado de un mayor discernimiento y un mejor direccionamiento de la dimensión caritativa de la comunidad eclesial. La Iglesia no es una ONG que reúne un ejército de voluntarios para remediar problemas diversos de orden social. El amor-caritas es constitutivo de la misión de la Iglesia y, por eso, ella entiende que, en orden al bien común, “la política es la forma más elevada de la caridad” (**Pablo VI**). En este sentido, la benevolencia cristiana confirma la dignidad humana y reclama todo lo que corresponde a garantizar los derechos de los ciudadanos.

Tales aspectos piden una mayor agilidad de la presencia de la Iglesia en la ciudad. Se trata de dar operatividad a dimensiones menos explícitas y más exigentes de la caridad que, en el mundo urbano, incorpora el horizonte de las políticas públicas entendidas como derecho de los ciudadanos y obligación social del Estado. En esta perspectiva de corresponsabilizarse por la dimensión social, además de lo que se presume que ya se hace mediante la asistencia y cuidado pastoral de las comunidades, la presencia pública de la Iglesia en la ciudad requiere una mejor desentovadura y una mayor inserción en términos de construir la ciudad, la ciudadanía y la fraternidad, a partir de las políticas públicas de bienestar social.

Su contribución tendrá el alcance de su capacidad para comprender las lógicas de la ciudad; para conocer, discutir y proponer un proyecto ambiental que organice y administre la ciudad como bien público y derecho de todos. La planificación del espacio urbano es resultado de proyectos



políticos que pueden incluir/excluir a los miembros de esta amplia “comunidad de comunidades”. Aquí se trata de potenciar la particular capilaridad de la Iglesia que, de modo significativo y permanente, está presente en los micro/macro-espacios urbanos (centros urbanos, periferias, ámbitos educativos y de salud, etc.). Bajo esta perspectiva, la Iglesia se constituye en una privilegiada “especialista en realidad urbana”. No solo conoce la realidad contextual-pastoral donde está ubicada, sino que también interactúa con las necesidades de sus fieles, en su diversidad como pobladores de la urbe. Por lo tanto, la ciudad, lugar de la política y de la ciudadanía, es un ambiente de misión indiscutiblemente privilegiado para la acción evangelizadora de la Iglesia y para la construcción de una sociedad más justa, fraterna y solidaria, señales del Reino definitivo.

PALABRAS FINALES

“Evangelizar es hacer presente en el mundo el Reino de Dios” (*Evangelii gaudium*, n. 176). Por consiguiente, la presencia de la Iglesia en la ciudad consiste en comprender la urbe y el ámbito de las culturas urbanas en perspectiva pastoral-evangelizadora; a la luz del Evangelio, en promover y garantizar la comunión y la vida digna para todos, a partir de los derechos de bien vivir en la ciudad.

Aquí se suscriben algunos compromisos y tareas de fundamental importancia. De manera indicativa y abierta, puestas para la reflexión y el debate, presentamos algunas de esas cuestiones entendidas como relevantes en perspectiva de una “nueva pastoral urbana”:

- En primer lugar, resaltamos la urgencia de una labor evangelizadora que dé prioridad a una dinámica orgánica, integral e integradora de las acciones evangelizadoras. Aunque la ciudad se muestre discontinua y fragmentaria, la presencia de la Iglesia en estos ambientes supone una mirada profunda y comprometida con la realidad urbana entendida como un todo articulado. Parafraseando la

conocida expresión, la ciudad es una “comunidad de comunidades”.

En el ambiente urbano, donde todo es importante y urgente, es necesario saber priorizar y potencializar los objetivos, metas y acciones de la evangelización. Indispensable es el trabajo en equipo; pero también es necesario componer un equipo de trabajo que sea capaz de un trabajo conjunto, en redes, que sepa superar las distancias geográficas, afectivas, ideológicas; que busque romper las “fronteras imaginarias” que separan, dividen y corrompen las relaciones humanas en la territorialidad urbana; que reconozca, valore y favorezca la participación de todos...; en fin, que posibilite proyectos evangelizadores comunes, viables y consecuentes.

La diversidad de comunidades, de parroquias y de otros espacios de evangelización (escuelas, universidades, hospitales, centros culturales, etc.) no puede dispersarse en una acción aislada y/o fragmentada. Se trata más de dar unidad en torno a la misión de evangelizar en las culturas urbanas y menos de cumplir la uniformidad eclesial del estatuto canónico. La espiritualidad de comunión y participación ha de permear en todo momento la dinámica comunitaria y misionera de la evangelización al considerar sus “interlocutores”.

- En segundo lugar –y esto es, de hecho, un gran desafío para nuestro tiempo y para el contexto regional–, tomamos en consideración la Iglesia en su relación con las diferentes Iglesias

que están presentes, a veces, lado a lado, en la ciudad. El indispensable diálogo ecuménico y las acciones en común son iniciativas que pueden favorecer una labor evangelizadora que, en beneficio de la propia fe y de las mismas comunidades cristianas, del desarrollo urbano y del bien común, se proyecte como una responsabilidad compartida de las Iglesias. Los cristianos, discípulos misioneros por connatural gracia bautismal, prefiguran la unidad en Cristo por su fidelidad al Evangelio y por su búsqueda de comunión en el servicio de instauración del Reino de Dios.

Como enseña Aparecida, para un verdadero camino de comunión entre los cristianos, “la propuesta es el Reino de Dios (cfr. Lc 4, 43). Se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos” (*Evangelii gaudium*, n. 180).

- Por fin, relacionado con el anterior, destacamos la importancia de la “institucionalidad” de la(s) Iglesia(s) como presencia pública en la ciudad. Debemos reconocer que la específica contribución teológica y pastoral de la(s) Iglesia(s) constituyen un patrimonio religioso y social único y de grande importancia en el mundo urbano en América Latina y El Caribe.

Una auténtica teología pastoral de la ciudad comprende desarrollar mediaciones teológicas y evangelizadoras. Con miras a construir la “ciudad justa”, es necesario ejercitar y/o mantener un tipo de cercanía y diálogo evangelizador también con las instituciones civiles y organizaciones no gubernamentales, con las instancias políticas y de gobierno que tienen la incumbencia de transformar la ciudad en una casa común para todos.

Este tipo de diálogo en una sociedad pluralista requiere una decidida opción por valores regidos por la defensa de la dignidad humana y por estatutos legales de justicia y equidad. Solamente una intervención eclesial oportuna, inteligente, bien informada, calificada, operativa y evangélica podrá hacer de este diálogo una auténtica respuesta en la caridad.



JOSÉ CARLOS BERMEJO



/ ESTOY EN DUELO

José Carlos Bermejo
10ª ed., 144 pp., 12 €
Más de 23.000 ejemplares vendidos
Disponible en eBook



/ RESILIENCIA

José Carlos Bermejo
2ª ed., 128 pp., 10 €
Disponible en eBook



/ CARTAS DESDE LOS MÁRGENES

Rosa María Belda
José Carlos Bermejo
192 pp., 14 €
Disponible en eBook



/ DOBLE DRAMA

Humanizar los rostros de la pederastia
José Carlos Bermejo
Marta Villacieros
112 pp., 10 €
Disponible en eBook



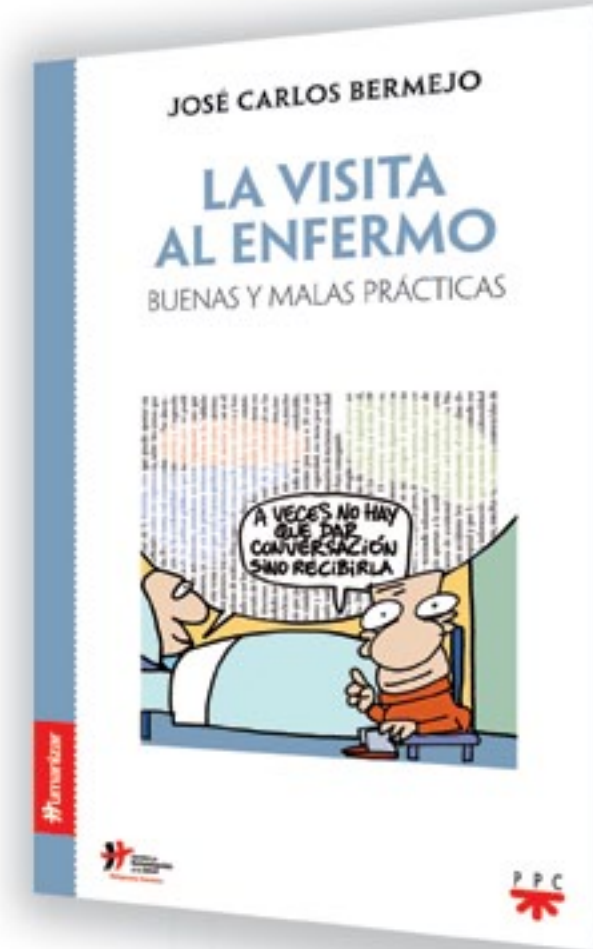
/ TESTAMENTO VITAL

Diálogo sobre la vida, la muerte y la libertad
José Carlos Bermejo
Rosa María Belda
128 pp., 10 €
Disponible en eBook



/ SOY MAYOR

Pensamientos para regalar
José Carlos Bermejo
Nueva edición aumentada,
128 pp., 10 €
Disponible en eBook



NO VE DAD

168 pp., 10 €

LA VISITA AL ENFERMO

Buenas y malas prácticas

Prólogo de Jesús Martínez Carracedo

La prudencia y el respeto a la intimidad son las claves de toda visita. Sobre todo en las que hacemos al enfermo. Entramos en su casa (y muchas veces sin previo aviso y «sin llamar a la puerta» de su vida), pretendiendo entrar en estancias existenciales a las que no nos han dado permiso. Esto es lo que el autor, con sus claves propositivas, teóricas y prácticas, quiere desvelarnos en este libro. Nos invita a quitarnos el velo [desvelar] que tenemos ante nuestros ojos y que nos impide ver que no siempre actuamos correctamente.

TLF.: 91 428 65 90 / FAX: 91 428 65 91 / MAIL: buzonppc@ppc-editorial.com

EN www.ppc-editorial.com/Bermejo.html